

el gobierno desde el dia siguiente á la proclamacion del plan de Tacubaya. El Sr. Juárez en su calidad de presidente de la Corte de Justicia, y el Sr. D. Isidoro Olvera en la de presidente del Congreso, fueron reducidos á prision por el general Zuloaga, y el uno llevado al Palacio y el otro á Santo Domingo á la habitacion misma que ocupaba el general Parra.

Los Sres. D. Guillermo Prieto y D. Luis Gutierrez Correa renunciaron sus empleos en el Correo. El Sr. D. Santos Degollado y los dos Sres. Farías se marcharon en una carretela al Interior; los oficiales mayores de las Secretarías del Despacho renunciaron tambien sus puestos; D. Miguel López, gefe de uno de los mejores cuerpos de la guardia nacional, desprendido y modesto como era Balderas, se retiró á su casa sin escándalo y sin ruido; lo mismo hizo el Sr. Trias, hablándonos con toda franqueza á mí y al Presidente. Los Sres. generales Quijano, Alcérreca y otros levantaron actas, adhiriéndose al plan de Tacubaya, y cumplieron como caballeros y como amigos del Sr. Comonfort. El Sr. Rangel, con una decencia y una abnegacion dignas de elogio, siguió muchas veces en contra de su opinion desde el principio, las fases y modificaciones de esta revolucion, exponiendo su vida ántes que faltar á lo que habia prometido

al Sr. Comonfort, siendo el último que quedó en la plaza cuando triunfaron los contrarios, y retirándose á su casa sin aspirantismo y sin poner en juego intrigas ni resortes algunos: el silencio y la moderacion de su conducta han sido, en mi juicio, los mejores testimonios que ha podido dar á las personas sensatas de los dos partidos.

Así pasaron las cosas de la noche del 17 á la del 18 de Enero de 1858.

VII.

El Rubicon se habia pasado, como quien dice. ¿Y qué iba á seguir? Eso preguntaban todos los habitantes de México; y lo mas curioso y singular es, que esa pregunta tuvimos que hacernos durante muchos dias el Sr. Comonfort y yo en nuestras conversaciones íntimas.

El Congreso, que se decia alarmaba á toda la sociedad, habia quedado cerrado: la Constitucion,

que sublevaba las conciencias, estaba destruida; el ominoso plan de Ayutla en los suelos pisado por su mismo reformador de Acapulco; el anterior orden de cosas, derrocado; y la marea creciente del partido progresista contenida por un momento. El único anuncio de todo este grande y repentino cambio moral, habia sido unos papeles pegados en las esquinas, que contenian el plan de Tacubaya, las proclamas de los generales Zuloaga y Alcérreca, y el pabellon nacional enarbolado en el viejo Palacio de los vireyes, y flameando en una atmósfera pura y despejada de un dia de Diciembre. Y bien, ¿qué iba á seguir?

Como no era el partido contrario el que habia hecho el cambio; como la ciudad sabia que Veracruz, Orizaba, Córdoba y Puebla estaban pronunciadas; como veia á la tropa y á la guardia nacional en una aparente armonía; como veian en Palacio y al frente de las armas á los hombres públicos y á los militares que habian estado, durante su carrera, filiados en el partido liberal; como se esperaba de un momento á otro que Querétaro, Guanajuato, Jalisco y San Luis secundarian el plan, como lo habia hecho Veracruz, se suponian que lo que iba á seguir, era una reconciliacion general, un abrazo sincero de todos los que habian estado separados por tanto

tiempo; un esfuerzo común para ayudar al gefe del ejecutivo, que habia dado este paso, sacrificándolo todo á eso que llamaban voluntad nacional, tan difícil de conocer; por último, el olvido de lo pasado, y la abnegacion y el patriotismo para el porvenir. *Esta fué la ilusion.*

En los primeros dias el Palacio estaba lleno de los amigos particulares del Sr. Comonfort, de los curiosos que trataban de saber noticias, y de los acreedores del tesoro, que no dan treguas ni esperas, ni les importa otra cosa mas que el que haya dinero en las arcas públicas; pero poco á poco el tiempo se fué oscureciendo, y presentándose en el horizonte una desecha y amenazadora borrasca. El Sr. Fuentes y el Sr. Flores se retiraron: el Sr. Riva Palacio, con su acostumbrada franqueza, desaprobó lo hecho: el Sr. Lacunza se negó obstinadamente á formar un Ministerio: lo mismo hizo el Sr. Yañez, que se retiró á su casa, y no volvió á Palacio con motivo de un grave cuidado doméstico: el Sr. D. Manuel Doblado encontró dificultades, como he indicado, que desde luego no pudo superar, y rompiendo ya decididamente con el Sr. Comonfort, tomó su camino. El Sr. Parrodi, que no recibió ninguna otra carta, ni fué á hablar con él comisionado alguno, rompió tambien con el Gobierno: el Consejo no pudo componerse de las personas que se

señalaron, y no ejercía influjo alguno en la política de aquellos días: el Ministerio no se formó, y los dos partidos, mas furiosos, mas intransigibles que nunca, tan luego como pasó la sorpresa, reunieron sus elementos, juntaron sus hombres, enviaron sus extraordinarios, y se prepararon á la lucha.

—Todos nos abandonan, me decia el Sr. Comonfort.

En efecto, el Palacio estaba solo. *Esta era la realidad, este el desengaño.*

El Sr. Comonfort realmente habia dejado á un lado la bandera constitucional, que se le dijo por tanto tiempo era de discordia y de desunion, para enarbolar la del partido moderado, que se figuró seria la de paz, la de libertad, progreso y orden. Este fué el espíritu de su Manifiesto, que vió la luz pública, y que redactó uno de sus amigos con grande trabajo y dificultad, porque ese documento iba á fijar su marcha, y á indicar su política futura.

Para mí, como entidad poderosa é influente no ha existido el partido moderado, ni aun en el tiempo del Sr. Pedraza. Me explico su existencia como la del fluido magnético, que inclina la aguja al polo, pero que nadie hasta ahora ha podido dar la explicacion de ese fenómeno.

El partido moderado existe, con mas ó ménos

graduaciones, en el seno mismo de los dos únicos partidos en que está dividida la República, el liberal y el conservador.

Cuando los hombres de uno ú otro partido llegan á dominar la revolucion armada, y se constituyen en Gobierno durante períodos mas ó ménos largos, entrando en la práctica de los negocios y en la aplicacion de sus principios, ven en sustancia que tantos inconvenientes tiene la guillotina de Robespierre, como la inquisicion de Felipe II. El general que pregona en la plaza que deben ahorcarse y pasarse á cuchillo á todos los liberales, si á su vez no se vuelve liberal, por lo ménos no pone en práctica sus teorías, y tal vez perdona y favorece á sus prisioneros. El periodista que predica en sus escritos el aniquilamiento de los ricos y la igual division de la propiedad, cuando llega á ser propietario, aunque sea de una vara cuadrada de terreno, acude á la autoridad para que lo ampare, cuando alguno trata de turbarle en el goce de sus derechos. El economista que profesa los principios de una libertad absoluta de comercio, y que grita contra los monopolios, cuando ve que alguno ó algunos de ellos son necesarios para la subsistencia del Gobierno, prescinde de sus opiniones, y los sanciona, y favorece. En los sistemas constitucionales precisamente se

hace sentir mas la influencia de este principio moderador. Reunidos en el parlamento hombres de todas opiniones, de todas edades y de diversos caracteres, generalmente salen á la defensa del oprimido, y tienden á que todas las disposiciones de la política lleven el sello de la razon, y no la impresion terrible de la violencia. Este es el principio moderador, que sin saberse cómo, dirige la aguja al polo, así que el huracan de las pasiones y de la revolucion ha cesado de soplar sobre el mar siempre proceloso de las guerras intestinas. Pudiéramos citar muchos ejemplos; pero bástenos el hecho mismo que da origen á esta publicacion. Que el Sr. Comonfort se dejase en efecto alucinar por mí, ó por algunos otros de sus amigos, nada tiene de extraño, á pesar de que, como se ha demostrado, no fué así; ni el Sr. Comonfort es un insensato ni un estúpido para haberse así dejado guiar; pero démoslo por supuesto por un momento. ¿Quién alucinó al Sr. Zamora, hombre de experiencia, de mundo, de opinion propia, de posicion independiente? ¿Le escribí yo una sola letra? ¿Una conversacion del Sr. Baz bastó para volverle la cabeza? Y al Sr. Baz, ¿quién le alucinó, quién le inspiró el discurso de que he hecho mérito al principio? Y al Sr. Doblado, ¿quién le hizo prometer que ayudaria y *arreglaria lo del*

Interior? Y al Sr. Parrodi, hombre notoriamente prudente, caballeroso y nimio en el cumplimiento de sus obligaciones, ¿quién le obligó á que prometiera ayudar *en lo poco que pudiese?* El mismo Sr. Lerdo, ¿por qué no dictó en el Palacio de México las leyes que despues; y ya en fuerza de la revolucion, se han expedido en Veracruz? ¿Y puede decirse que todos estos hombres formaban el partido moderado? De ninguna suerte: el Sr. Comonfort y todos los que formamos parte de su gobierno, obramos, es menester decirlo francamente, como partidarios, arrollando con las armas, con leyes duras de circunstancias, con todos los resortes de que pudimos disponer, á los contrarios, que á su vez nos atacaban de mil formas y maneras.

Llegamos hasta donde se podia llegar, decia el Sr. Doblado, y una vez ya en este terreno, fué preciso modificar la política, y esto, y no la determinada influencia de una persona, fué lo que originó la revolucion de Diciembre.

Por lo demas, el partido moderado, afecto á todas esas transacciones, entusiasta *por esos términos medios*, enemigo de las disputas de principios, y apasionado, y con razon, á la paz, á la quietud y á la tranquilidad, existe en la nacion en una proporcion inmensa; pero ese partido se compone de todas aquellas gentes tranquilas que

salen á las calles y á los balcones el día que hay un repique á vuelo en Catedral, y se esconden y cierran herméticamente sus puertas y ventanas en cuanto oyen un balazo; de todos aquellos ricos y hacendados que en un día de elecciones se van á sus casas de campo, ó se meten en la cama; en una palabra, de todos aquellos que, no ocupándose absolutamente en la política, les es indiferente todo gobierno, con tal de que en nada los ocupe ni nada les pida. Desorganizada, pues, la revolucion entre los mismos que la habian promovido, el Sr. Comonfort no debió, ni pudo contar con este partido pacífico, que entre nosotros pesa bien poco; y en efecto, las gentes se fueron retirando del Palacio, y nos fuimos quedando solos, y lo que es mas, despreciados, odiados, amenazados de los dos partidos únicos del país. El huracan volvió á soplar, y la aguja, recorriendo toda la rosa, no podia señalar el Norte. Creo que con algunas observaciones de este género pueden medio explicarse los acontecimientos de Diciembre.

El Sr. Comonfort, durante los días que transcurrieron desde la promulgacion del plan de Tacubaya hasta el pronunciamiento de Santo Domingo, vaciló, es una verdad, pero vaciló con razon: esto dependió de su carácter y de sus convicciones.

Así como he dicho con verdad todo lo que yo hice desde el principio, con la misma aseguero, que á los dos ó tres días de publicado el plan de Tacubaya, tuve muy poca parte en los acontecimientos. Vivía yo en Palacio, mas por estar en la pieza anterior acompañando al Sr. Juárez, contra el cual se decia que podia cometerse un atentado, que de verdad yo no me esperaba, que por otra cosa. Días enteros se pasaban sin que pudiese yo hablar con el Sr. Comonfort. Diré, sin embargo, lo que pasó.

El Sr. Comonfort conservaba todavía alguna esperanza: le quedaba Veracruz; creía contar absolutamente con la tropa de línea y con algunos cuerpos de la guardia nacional; pero entretanto se le urgía por las dos entidades, que lo oprimian, como si hubiera estado en una prensa.

—Decídase V. por el partido conservador, decían al Sr. Comonfort, y échese en sus brazos, y tendrá Ministerio, y podrá disponer de todos sus elementos; pero es menester derogar la ley de 25 de Junio y la de fueros, y la de obvenciones parroquiales y todo, todo; en una palabra, retroceda V., y tendrá dinero, y tendrá ayuda.

—Imposible, decia el Sr. Comonfort, yo no vuelvo atras, yo no derogo la ley, yo no puedo convertirme en verdugo de los mismos que me